

veces de una Europa que ya no existe salvo en líneas irreales y formas deficientes.

Se ha hablado demasiado sin duda de las diferencias, de los problemas y de las antipatías que debilitan la realidad occidental, pero al mismo tiempo se ha pensado insuficientemente tal vez en esa misma realidad. Con dolorosa frecuencia los intelectuales han faltado a su misión de inteligencia. (No fue otra la idea de Ortega en su *La rebelión de las masas*, y sería un tema apasionante hacer un análisis del Occidente de hoy según las mismas premisas.) Y con eso hemos llegado tal vez al verdadero legado de Ortega, el cual no consiste en la visión ya malograda de la unificación europea, cuya realización significaría la mengua del futuro europeo. Lo que nos queda de Ortega en este sentido es precisamente el afán intelectual de soluciones adecuadas a nuestros problemas, es decir, otros problemas. Para nosotros ya no es cuestión de preferir o menospreciar uno u otro hemisferio, sino de no renunciar a esa empresa gigantesca que se llama Occidente. Para decirlo de otra manera, modificando para nuestros fines una expresión de Julián Marías, ¿no sería mejor dejar de hablar de la Europa que pudo ser para pensar un poco en el Occidente que podrá ser? ¹⁸.—HAROLD RALEY (*Oklahoma State University. STILLWATER, Oklahoma, 74074. EE. UU.*).

SAMUEL RAMOS: INFLUENCIA DE ADLER Y JUNG EN SU ESTUDIO SOBRE EL CARACTER DEL MEXICANO

Es preciso hacer una aclaración previa a fin de señalar el propósito y fijar los límites de este estudio. El texto que nos servirá de base es el ensayo del mexicano Samuel Ramos titulado *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934). Nuestra intención es estudiar el enfoque novedoso que Ramos da al carácter del hombre mexicano valiéndose de las aportaciones teóricas que Adler y Jung han hecho a la psicología moderna. En la primera parte de este estudio haremos un comentario de carácter general sobre los acontecimientos político-culturales anteriores a la publicación del libro de Ramos. Así procuraremos hacer patente la importancia del esfuerzo ensayístico del autor dentro de su contexto histórico.

¹⁸ En el prólogo de su último libro dice: «Para no tener que considerar con melancolía, una vez más, 'la España que pudo ser', intento poner en claro *la España que podrá ser*» (*La España real* [Madrid, 1976], 10).

Durante la segunda mitad del siglo XIX se estableció en México el positivismo, cuyo desarrollo coincide muy cabalmente con la dictadura de Porfirio Díaz. Durante las guerras de la reforma se habían batido conservadores y liberales. Unos porque perdurara la tradición, es decir, la mentalidad colonial; otros con el empeño de derrumbar todo orden establecido. Después del triunfo de los liberales Benito Juárez encomienda a Gabino Barreda la tarea de establecer un nuevo orden cultural. Barreda, que había escuchado en París las conferencias del filósofo Augusto Comte, sumo sacerdote del positivismo, introduce en México toda una nueva forma de concebir el mundo. Más tarde, en torno a Díaz se forma un grupo de criollos llamado despectivamente «los científicos»¹. Pero el positivismo trae consigo una nueva forma de esclavitud. Se descarta el mito escolástico de la divinidad y se sustituye por el mito de la ciencia—por una religión materialista—. De ahí, pues, que en la historia de México se cumpla la ley de los tres estados: la colonia—estado teológico—, la lucha entre conservadores y liberales—estado metafísico— y la nueva etapa del porfirismo—estado positivo²—. En esta última etapa, sin embargo, se detiene todo progreso humanista; el hombre queda relegado a un nivel inferior. En la lucha por la supervivencia, «los más aptos» se enriquecen siguiendo sus intereses materialistas, mientras la inmensa mayoría se hunde en la miseria. No obstante, cabe señalar que hubo muchas mejoras en el país, aunque de ellas se aprovechan, no los verdaderos merecedores, sino la oligarquía porfirista y, de manera notable, la burguesía europea y norteamericana asentada en el país. De ahí que algunos hayan apuntado que en este tiempo México era «la madre de extranjeros y la madrastra de los mexicanos»³.

Durante la segunda mitad del siglo XIX el país se afrancesa. Este afrancesamiento exhibe un doble aspecto: positivo y negativo. En lo que respecta a la literatura, las ideas simbolistas y parnasistas que sirven como base a la corriente modernista hacen que poetas y escritores mexicanos se empeñen en darle mayor realce a la poesía y la prosa⁴. Pero esto produce una tendencia a la evasión en varios sentidos. Los burgueses se avergüenzan de lo genuinamente mexicano y se dedican a leer novelas francesas y a vestirse conforme a las modas parisienses. Los periodistas hacen referencia a la capital del país como «el París de América»⁵.

¹ PATRICK J. MCHENRY, *A Short History of Mexico* (New York: Doubleday & Company, Inc., 1962), pág. 164.

² LEOPOLDO ZEA, *La filosofía en México* (México: Editorial Ibero-Mexicana, 1955), pág. 33.

³ PATRICK J. MCHENRY, *op. cit.*, pág. 166.

⁴ CARLOS GONZÁLEZ PEÑA, *Historia de la literatura mexicana desde los orígenes hasta nuestros días* (México: Editorial Porrúa, S. A., 1969), pág. 187.

⁵ PATRICK J. MCHENRY, *op. cit.*, pág. 165.

En torno a 1907—en el ocaso del porfirismo y cerca de los inicios de la Revolución de 1910—empiezan ya a soplar «aires de renovación». Un pequeño grupo de intelectuales, que más tarde constituirían lo que se llamó el Ateneo de la Juventud, empieza a reunirse en cenáculos para hacer una revaloración de la cultura mexicana en particular y de la universal en general, estudiando libros proscritos por la filosofía positivista. Entre estos estudiosos podemos citar a Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Antonio Caso y Jesús T. Acevedo. Más tarde se incorporan al gremio dos dominicanos: Pedro y Max Henríquez Ureña, y se forma el Ateneo. En sus reuniones estudiaban a grandes hombres del mundo occidental como Platón, Kant, Nietzsche, Bergson y Croce, entre otros ⁶. Es bien notorio que aunque el rasgo más saliente del Ateneo de la Juventud es su inconformidad con el positivismo, hubo entre el grupo, además, una sólida preocupación por lo mexicano y por lo hispanoamericano:

De ella (la preocupación) nos habla la serie de conferencias que para celebrar el primer centenario de la independencia de México organizó el Ateneo de la Escuela Nacional de Jurisprudencia durante los meses de agosto y septiembre de 1910. Estas conferencias fueron las de Antonio Caso sobre *La filosofía moral de don Eugenio M. de Hostos* (8 de agosto), la de Pedro Henríquez de Ureña sobre *La obra de José Enrique Rodó* (22 de agosto), la de Carlos González Peña sobre *El pensador mexicano y su tiempo* (29 de agosto) y la de José Vasconcelos sobre *Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas* (12 de septiembre) ⁷.

A partir de 1910 se advierte una marcada actitud hacia el arraigo nacional en los artistas mexicanos. Se empieza a enfocar lo autóctono desde distintas perspectivas: Diego Ribera y otros en la pintura, Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán en la novela, Ramón López Velarde en la poesía, Carlos Chávez en la música y José Vasconcelos en la pedagogía. Ahora bien, la preocupación por la realidad mexicana en el sentido estricto de la palabra empieza con Samuel Ramos al publicar su libro *El perfil del hombre y la cultura en México* ⁸.

Es lícito afirmar que Ramos fue hijo del Ateneo. Antonio Caso, maestro de filosofía, incitaba desde la cátedra que ocupó en la Universidad Nacional en 1910 a sus estudiantes. Entre ellos podemos señalar a Ramos. Leopoldo Zea hace esta observación: «Entre los discípulos del maestro Antonio Caso, el que más se destaca es Samuel Ramos. La preocupación que Caso siente por la realidad mexicana se va a convertir en Ramos en una preocupación estrictamente filosófica. Caso hablaba de la

⁶ CARLOS GONZÁLEZ PEÑA, *op. cit.*, págs. 252-253.

⁷ JUAN HERNÁNDEZ LUNA, *Conferencias del Ateneo de la Juventud* (México: Centro de Estudios Filosóficos de la Universidad Autónoma de México, 1962), pág. 18.

⁸ LEOPOLDO ZEA, *op. cit.*, pág. 56.

necesidad de tomar en cuenta, antes que nada, a la realidad mexicana; Ramos la hará tema de su meditación e investigaciones»⁹. Caso nunca se aferró a ninguna posición filosófica determinada. Su virtud consistió en provocar a sus estudiantes, que tomaron distintos derroteros, unos siguieron la filosofía neokantiana, otros la filosofía de los valores y aún otros el historicismo. Ramos se acoge a estas últimas corrientes. Hubo también aquellos, como Vicente Lombardo Toledano, que siguieron el marxismo. Continúa Zea diciendo: «En la mente de Ramos no fue la solución de problemas trascendentes lo que más le preocupó, sino algo más inmediato: la solución de los problemas de la cultura mexicana»¹⁰.

PSICOLOGÍA DE ALFRED ADLER

Creemos necesario dar una visión general de las teorías principales de Adler, para después detenernos en aquellos conceptos que Ramos aplica al estudio del mexicano. Adler fue discípulo disidente de Freud; estuvo asociado con éste por diez años antes de sistematizar su propio pensamiento. Como se sabe, la teoría de Freud sobre la personalidad humana opera en torno a la idea del impulso sexual como centro de toda actividad vital, teoría a la cual se ciñe dogmáticamente. Y mientras más intransigente se muestra Freud, más grande se hace la distancia entre maestro y discípulo. Lo que inevitablemente desemboca en el cisma, y así Adler introduce un nuevo sistema que responde al nombre de psicología individual¹¹. He aquí por qué selecciona ese nombre: «He chose this term 'Individual Psychology' as the best expression for his new psychological conception of man as a single, indivisible individual, that is to say, man as a unity. It was his opinion that no life expression can be viewed in isolation, but must always be regarded in relation to the total personality»¹².

Según Adler, la fuerza motriz en el hombre es la voluntad de poder o el deseo por superarse. Mientras practica medicina, temprano en su carrera, el psicólogo vienés observa que los órganos del cuerpo humano exhiben un aspecto teleológico, es decir, que su función tiene una meta determinada. Establece luego una analogía entre los órganos del cuerpo y la totalidad de la personalidad humana, concluyendo que desde niño el hombre se forja una meta en la vida. Dicha meta consiste esencialmente en sobreponerse a las exigencias del ambiente a fin de llegar a una con-

⁹ *Ibid.*, pág. 71.

¹⁰ *Ibid.*, pág. 73.

¹¹ ANJILVEL V. MATTHEW, *Depth Psychology and Education* (Kolhapur: School & College Book-stall, 1944), págs. 11-12.

¹² HERTHA ORGLER, *Alfred Adler The Man and His Work: Triumph over the Inferiority Complex* (New York: Liveright Publishing Company, 1963), pág. 13.

dición superior. Para ello el sujeto se crea un prototipo, identificándose con un individuo real o imaginario, el cual le sugiere su estilo de vida. Ese deseo inherente de superarse nace de un sentimiento de inferioridad. Este concepto es fundamental en Adler. Dice: «A long time ago I emphasized that to be a human being is to feel oneself inferior»¹³.

Ahora bien, el sentimiento de inferioridad no es una enfermedad. Es más bien un elemento estimulante en el desarrollo normal de la vida. Se convierte en condición patológica únicamente cuando el sentido de incapacidad arrolla al individuo de tal manera que en vez de encauzarlo en una actividad productiva, le deprime mermando su sanidad espiritual¹⁴. En dicho caso el sentimiento de inferioridad se convierte en complejo de inferioridad.

Por tanto, la meta de superioridad puede adquirir una de las dos facetas: positiva o negativa. El individuo que se forja una meta desmesurada, el que se crea el prototipo de Napoleón, por ejemplo, y se comporta como si en realidad lo fuera, esconde un complejo de inferioridad detrás de esa conducta de superioridad. En este caso no hay duda de la inestabilidad psicológica del individuo. Empero existen casos ambiguos. Por ejemplo, a aquel que se muestra sumamente caritativo para con el prójimo, a él le mueve la intención de practicar el bien o la de vanagloriarse. Los verdaderos motivos no se conocen sino estudiando la conducta humana en situaciones desfavorables para el individuo.

Adler afirma que el estilo de vida de una persona se forma en los primeros cuatro o cinco años de vida, y por tanto no cambia por sí solo. Nos parece interesante mencionar el pensamiento de Herta Orgler sobre la concepción del estilo de vida de Adler: «The life-style influences all vital manifestations, which is why one will always hear the same life melody in an individual. Variations may, of course occur, or there may be a change in key from major to minor, but the expert will always recognize the fundamental motif. The life-style of a human being is an indivisible unity just as this melody is a harmonious unity»¹⁵.

Es también en la niñez que el complejo de inferioridad se empieza a manifestar. Sus causas, según Adler, son tres: inferioridad de determinados órganos del cuerpo, el mimo y el abandono del niño. Si el niño queda impedido físicamente, su impedimento constituye una onerosa carga que le frustra en la persecución de su meta, produciéndole efectos dañinos; si es constantemente mimado en casa desarrolla un egoísmo malsano que le crea enemistades con los demás; y si el niño es desaten-

¹³ ALFRED ADLER, *Social Interest: A Challenge to Mankind* (New York: G. P. Putnam's Sons, 1939), pág. 96.

¹⁴ ALFRED ADLER, *The Science of Living* (New York: Doubleday & Company, Inc., 1969), página 31.

¹⁵ HERTHA ORGLER, *op. cit.*, pág. 17.

dido por sus padres se siente humillado porque en la atmósfera en que crece falta el amor. El resultado en cada caso es una actitud antisocial.

Al observar al ser humano, la psicología individual no lo aísla, sino que busca siempre una relación entre el individuo y su medio, ya que sólo en su actitud hacia el mismo el hombre revela su mundo interior. Los problemas fundamentales que el hombre tiene que afrontar son tres: el interés social, el trabajo y el problema del amor y el matrimonio. La actitud del hombre hacia éstos determina su estabilidad o inestabilidad psicológica ¹⁶.

TEORÍA DE JUNG

No es necesario indicar que las aportaciones de Jung a la psicología moderna han sido numerosas; por tanto, nos concretaremos a dar una breve explicación de los conceptos jungianos que Samuel Ramos aprovecha en su estudio del hombre mexicano. Jung fue el primero en exponer la teoría de los tipos: introversión y extroversión. Precisa decir que estos términos se han divulgado tanto que todo el mundo los emplea, a menudo sin conocer del todo su significado. Nos permitimos, pues, sin pretensiones de experto, apuntar que el tipo extrovertido es aquel que refiere sus ideas, sus pensamientos, sus actitudes a la norma de la realidad externa, mientras que el introvertido todo lo refiere a su yo individual. El psicólogo suizo al estudiar a hombres ilustres de la cultura de Occidente llega a la conclusión de que Platón es introvertido y Aristóteles extrovertido. Sus mismos colegas, Freud y Adler, según Jung, son representantes de los dos tipos. Freud, que sostiene que el impulso vital del hombre es su deseo sexual, corresponde al tipo extrovertido. Adler, que cree que lo fundamental reside en la voluntad de poder, coincide con el tipo introvertido ¹⁷.

Algunos críticos atacan a Jung arguyendo que hace una clasificación demasiado esquemática, que percibe un mundo poblado de dos tipos extremos de seres humanos. Mas he aquí su pensamiento en relación a esta idea:

«There is no such thing as a pure extrovert or a pure introvert. Such a person would be in a lunatic asylum.

These are only terms to designate a certain penchant, a certain tendency. For instance, the tendency to be more influenced by the subjective fact that's all. There are people who are fairly well-balanced who are just as much influenced from within as from without or just as little.

¹⁶ *Ibid.*, pág. 79.

¹⁷ JOSEF GOLDBRUNNER, *Individuation: A Study of the Depth Psychology of Carl Gustav Jung* (New York: Pantheon Books Inc., 1956), págs. 44-45.

And so with all the definite classifications, you know, they are only a sort of point to refer to, points for orientation. There is no such thing as a schematic classification»¹⁸.

Es bien sabido que el grado extremo de introversión es la esquizofrenia y el grado extremo de extroversión es la histeria, lo cual no significa que ambas actitudes (introversión y extroversión) sean en sí mismas insanas. En su manifestación cotidiana dichas actitudes indican simplemente la dirección que toma la actividad psíquica en una persona normal¹⁹.

Jung cree que la teoría de los tipos debe ser más sutil de lo que comúnmente se piensa. Por eso es que con relación a ello se refiere a las cuatro funciones básicas del hombre: sensación, pensamiento, sentimiento e intuición. Es decir, la sensación nos pone en contacto con la realidad externa, el pensamiento nos comunica su significado, el sentimiento nos sugiere su valor y la intuición define nuestra posición frente a la misma realidad²⁰.

COMENTARIO TEXTUAL

El perfil del hombre y la cultura en México es libro de contenido denso. Muy difundido no sólo en México, sino en toda la América, el estudio de Ramos es, en sus propias palabras, «un ensayo de caracterología y filosofía de la cultura»²¹. Nuestro propósito, por tanto, es hacer énfasis en el primer aspecto del estudio—el perfil del hombre.

En su tesis fundamental el autor sostiene que el mexicano sufre de un sentimiento de inferioridad. (Ramos emplea el término «sentimiento de inferioridad» como sinónimo de «complejo de inferioridad». En Adler aparentemente el primero es actitud normal del hombre, mientras que el segundo alude al desequilibrio psíquico.) Vale aclarar que en ningún momento el ensayista afirma que sus compatriotas sean psíquica o biológicamente inferiores, sino que sufren de tal complejo, desvalorizándose y cometiendo una injusticia contra sí mismos.

El origen de este mal se debe buscar en la conquista y en la colonización de Hispanoamérica. Después de la independencia se manifiesta el desequilibrio; México, país naciente, intenta ponerse en seguida a la al-

¹⁸ RICHARD I. EVANS, *Conversations with Carl Jung and Reactions from Ernest Jones* (Princeton, New Jersey: D. Van Nostrand Company, Inc., 1964), pág. 70.

¹⁹ EDWARD ARMSTRONG BENNET, *C. G. Jung* (New York: E. P. Dutton & Co., Inc., 1962), página 70.

²⁰ *Ibid.*, pág. 75.

²¹ SAMUEL RAMOS, *El perfil del hombre y la cultura en México* (México: Espasa-Calpe Mexicana, S. A., 1972), pág. 10. En lo sucesivo todas las referencias a este libro serán anotadas en paréntesis dentro del texto de este estudio.

tura de Europa, y al no lograrlo cae en la «autodenigración» y en la imitación servil. Dice Samuel Ramos: «Seguramente que los mexicanos no carecían de inteligencia ni de capacidad para mejorar su vida, pero su voluntad se había entumecido en la inercia colonial» (pág. 38).

El capítulo clave del libro es «Psicoanálisis del mexicano», que constituye «una exposición cruda pero desapasionada» (pág. 50). Su estructura básica es la siguiente: introducción, análisis del *pelado*, análisis del mexicano de la ciudad y análisis del burgués mexicano. Mas antes de entrar en materia el autor hace la siguiente observación: «No es muy halagador sentirse en posesión de un carácter como el que se pinta más adelante, pero es un alivio saber que se puede cambiar como se cambia de traje, pues ese carácter es prestado, y lo llevamos como un disfraz para disimular nuestro ser auténtico, del cual, a nuestro juicio, no tenemos por qué avergonzarnos» (pág. 50).

El *pelado*, que «constituye la expresión más elemental y bien dibujada del carácter nacional—dice Ramos—, se comporta en su mundo privado lo mismo que en la vida pública» (pág. 53). Tanto el habla como las costumbres del *pelado* revelan en él un complejo de inferioridad. De baja categoría social y de miserable condición económica, el *pelado* vive siempre resentido contra la vida. Su capacidad intelectual está al nivel del primitivismo. Hay que destacar que uno de los rasgos más notables del *pelado* es su machismo desbordado. Así se explica esta faceta: «El 'pelado' busca la riña como un excitante para elevar el tono de su 'yo' deprimido. Necesita un punto de apoyo para recobrar la fe en sí mismo, pero como está desprovisto de todo valor real, tiene que suplirlo con uno ficticio. Es como un náufrago que se agita en la nada y descubre de improviso una tabla de salvación: la virilidad. La terminología del *pelado* abunda en alusiones sexuales que revelan una obsesión fálica, nacida para considerar el órgano sexual como símbolo de fuerza masculina» (página 54). En la persona del *pelado* se cumple a la perfección la teoría de Adler que sostiene que detrás de una conducta de superioridad suele esconderse un sentimiento de impotencia. De suerte que mientras más ruidoso se muestre uno al afirmar su masculinidad, más agudo es el complejo de inferioridad que le atormenta.

El autor apunta dos de las frases características del *pelado*, detrás de las cuales se advierte su verdadera condición de inestabilidad emocional. Tener «muchos huevos» significa ser muy hombre y «yo soy tu padre» revela su afán de afirmar su predominio. Dice Ramos: «Cuando éste (el *pelado*) se compara con el hombre civilizado extranjero y resalta su nulidad, se consuela del siguiente modo: 'Un europeo tiene la ciencia, el arte, la técnica, etc.; aquí no tenemos nada de esto... pero somos muy hombres'» (págs. 55-56). En conclusión, el *pelado* desatiende la realidad,

desconfía de sí mismo y del prójimo, lo cual produce un funcionamiento anormal en su constitución psíquica.

El mexicano de la ciudad se compone de mestizos y blancos que desempeñan un papel activo en México, en oposición al indio, cuyo papel es más o menos pasivo. Lo primero que salta a la vista en el tipo urbano es la desconfianza, haya o no motivo para tenerla. De modo que «el mexicano no desconfía de tal o cual mujer; desconfía de todos los hombres y de todas las mujeres. Su desconfianza no se circunscribe al género humano; se extiende a cuanto existe y sucede. Si es comerciante no cree en los negocios; si es profesional no cree en su profesión; si es político no cree en la política» (págs. 58-59).

Continúa el autor diciendo que el hombre ciudadano no se adhiere a ningún credo ni a ninguna religión. Es torpe, ineficaz y violento en todo cuanto emprende. Pretende ser práctico repudiando todo idealismo. «Niega todo sin razón ninguna, porque él es la negación personificada» (página 59). Además, la vida del mexicano de la ciudad se caracteriza por su sentido de inseguridad y por su falta de empresa trascendente. Es decir, carece de noción del futuro y tiene una visión caótica del presente: «Así, la vida mexicana está a merced de los vientos que soplan, caminando a la deriva. Los hombres viven a la buena de Dios. Es natural que sin disciplina ni organización, la sociedad mexicana sea un caos en el que los individuos gravitan al azar como átomos dispersos» (pág. 59).

El burgués es el tipo social más educado en México. Por tanto, su complejo de inferioridad no se deriva ni de la escasez económica ni de la intelectual. Ramos lo explica de esta manera: «En el fondo, el mexicano burgués no difiere del mexicano proletario, salvo que en este último el sentimiento de menor valía se halla exaltado por la concurrencia de dos factores: la nacionalidad y la posición social» (pág. 62).

Mientras que el *pelado* exhibe sus sentimientos más íntimos cínicamente, el burgués es fino y cortés, a veces hasta la exageración; aunque en los momentos de ira se vale del lenguaje del *pelado* para expresar sus emociones, el burgués actúa con mayor disimulo, de modo que es sumamente difícil conocer su verdadero carácter. A propósito de esto, observa el autor que «el 'yo' ficticio construido por cada individuo es una obra tan acabada y con tal apariencia de realidad, que es casi imposible distinguirla del 'yo' verdadero» (pág. 63).

Ahora bien, el autoengaño es dañino para el mexicano por varias razones: primeramente porque le mantiene inactivo en cuanto al sano desarrollo de su carácter; además le lanza a la incertidumbre y a la hipersensibilidad creándole una actitud antisocial: «Practica la maledicencia con una crueldad de antropófago. El culto del *ego* es tan sanguinario

como el de los antiguos aztecas; se alimenta de víctimas humanas. Cada individuo vive encerrado dentro de sí mismo, como una ostra en su concha, en actitud de desconfianza hacia los demás, rezumando malignidad para que nadie se acerque. Es indiferente a los intereses de la colectividad y su acción es siempre de sentido individualista» (pág. 65).

En el capítulo titulado «La pasión y el interés», Ramos hace una observación curiosa sobre la pasión, aplicando los términos de Jung introversión y extroversión. Llega a la conclusión de que en México la pasión está por sobre todas las cosas, incluso los intereses: «En una lucha de intereses podemos aceptar una ganancia de cincuenta o aun diez en vez de una de cien; consideramos preferible salvar algo a perderlo todo; pero en una lucha de puras pasiones nos parece inadmisibles tolerar la más insignificante rebaja a nuestro amor propio; eso sí que no puede ser, y ello explica que las pasiones no transijan jamás. En apariencia, la pasión es una fuerza bruta y sin sentido que desafía toda razón, pero en el fondo obedece a una lógica propia y oculta, a una finalidad bien determinada. La pasión, en esta última modalidad, se propone inconscientemente la afirmación del yo individual, haciéndolo prevalecer sobre otro cualquiera que se le oponga» (pág. 120).

Después de explicar el sentido de introversión y extroversión, Ramos coincide con Jung en que «no todas las funciones psíquicas son introvertidas o extrovertidas; hay que averiguar en cada caso qué es lo introvertido, si por ejemplo la razón, el sentimiento, la sensibilidad, etcétera» (págs. 120-121). O sea que dicha clasificación suele prestarse a cierta flexibilidad. Por ejemplo, hay funciones psíquicas que pueden exhibir ambas facetas; la pasión es una de ellas. Hay un tipo de pasión introvertida y otro de pasión extrovertida. La evaluación del ensayista sobre los mexicanos es la siguiente: «En este grupo puede observarse que es introvertida, por el lado del inconsciente, su pasión, y extrovertida por el lado de la conciencia, su razón. Así se comprende que en teoría sean positivistas, materialistas o realistas, mientras que en la práctica actúan con absoluto desdén por la realidad, atendiendo solamente a afirmar la preponderancia de su yo individual» (pág. 121).

En este estudio hemos procurado dar una visión clara del carácter del mexicano según la concepción de uno de los pensadores más destacados del México contemporáneo. Pero en vista de lo dicho, ¿cuál sería la solución del dilema que el autor plantea? El primer paso en esa dirección tiene que ser necesariamente practicar en el plano individual el consejo siempre sano, pero a menudo doloroso, de Sócrates: «Conócete a tí mismo», y practicarlo con toda «honradez y valentía». Sólo así podrá el hombre mexicano crear un estilo de vida que le proporcionará la sabiduría que, hay que subrayar, no se adquiere en los planteles, sino en

la vida misma. Significativo, sin embargo, es que en la prosa de Ramos se advierten rasgos de esperanza en un mejor porvenir para México cuando señala que «sus hombres tienen ya conciencia del vacío que llevan en su ser, y han despertado la voluntad de llenarlo, formando la personalidad que falta» (pág. 99).—ALFONSO RODRIGUEZ (*Northern Illinois University. DEKALB, Illinois. U. S. A.*).

EL PROBLEMA DE LA ALIENACION EN LA POESIA DE PEDRO LASTRA

«El desterrado busca,
y en sueños reconoce su espacio más hermoso,
la casa de más aire.»

(*El desterrado busca.*)

Las líneas que encabezan estas meditaciones—ubicadas en su libro *Y éramos inmortales* *, Ediciones de la Rama Florida, Lima, 1969—se nos presentan encarnadas en el problema de la alienación. Nuestras observaciones intentarán brindarnos un acceso directo a la más fundamental cuestión del poeta chileno. Existen varias razones para elegir la temática propuesta, ya que, en cuanto fenómeno real, nuestra temática exhibe una jerarquía y urgencia fundamental en la creación poética de nuestro autor. Es, precisamente, el síntoma que afecta y determina su diario vivir y el sentido último de sus actos. Vemos al poeta como un ente que vive una situación que radicalmente no le satisface ni le procura sosiego. Frente a su visión de mundo, ha cobrado conciencia de su existir alienado y su propia conciencia actúa sobre él. Notándose, sintiéndose o sabiéndose un ente alienado—ya veremos el intenso grado de lucidez interior que acompaña sus actos—no alcanza a vislumbrar una superación ante su problemática, a menos que acepte voluntaria o ciegamente el ideal de una utopía.

No es exclusiva, sin embargo, la situación alienada de Pedro Lastra, ya que brota de un tema cristiano para confundirse con la oscura noción de pecado y soberbia del hombre que arranca del *Génesis*, se ramifica en la antropología agustiniana y en el pensamiento de la Edad Media. Se vuelve a concretizar en el pensamiento de Kierkegaard y

* También hemos considerado algunos poemas sueltos publicados en diversas revistas. Sabemos que está en preparación una nueva edición ampliada de *Y éramos inmortales*.